



# La esperanza de los pobres: desafíos para la experiencia creyente\*

Luis Alfredo Escalante Molina, S. D. S.<sup>a</sup>

## Palabras iniciales: pertinencia de una *lectio inauguralis* y de nuestro tema

Quisiera comenzar agradeciendo a los directivos de nuestra facultad de teología de la Pontificia Universidad Javeriana, encabezados por el padre Víctor Martínez, de la Compañía de Jesús, decano, por confiarme la misión de realizar esta *lectio inauguralis*. Anhelo que el ejercicio de pensar la fe desde el momento que vivimos como Iglesia y como sociedad alcance a ser un aporte más a la misión evangelizadora. Definitivamente, vivir la fe en mundo fascinante y retador a la vez nos hace reconocer que nuestro Dios da siempre qué pensar, como decía el teólogo belga Adolphe Gesché.

Una de las constataciones del reciente proceso sinodal que realizamos en nuestra Iglesia ha sido la insistencia en que, para todo el pueblo de Dios, es urgente “escuchar

\* *Lectio inauguralis*, Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, segundo semestre académico de 2025.

<sup>a</sup> Profesor asociado del Departamento de Teología, en la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Desempeña labores de docencia en cristología, sacramentos y teología fundamental. Sus investigaciones han abordado diversos temas, entre los que destacan el lenguaje teológico, la lectura popular de la Biblia, y los procesos de paz y reconciliación. Ha publicado un número significativo de capítulos de libros y artículos en revistas académicas, nacionales e internacionales. Su trabajo contribuye al diálogo entre teología y sociedad, en especial en contextos de construcción de paz. Dirección electrónica: [luis.escalante@javeriana.edu.co](mailto:luis.escalante@javeriana.edu.co)

el grito de los pobres y el clamor de la tierra”<sup>1</sup>. Y tan importante es este asunto de la esperanza, que el papa Francisco convocó el Jubileo de la esperanza para todo este año, lo cual no puede pasar impensadamente para una Facultad de Teología. Al contrario, debe ser el motivo para que ella ayude a explorar los pozos en los cuales surge y se recarga esa esperanza que trae vida y felicidad y que puede ayudarnos a jalonar la sinodalidad y la salida misionera. Aquí radica la pertinencia del gran asunto humano y teológico que da nombre a esta *lectio inauguralis*.

He titulado esta reflexión “La esperanza de los pobres, desafíos para la experiencia creyente”. En ella pretendo reflexionar en torno al asunto central propuesto para este año jubilar, la esperanza en medio de tanto sinsentido e incertidumbre, como uno de los signos de nuestro tiempo, vista desde la vida y la fe de los pobres que son los privilegiados del Reino de Dios.

Desde muchos ángulos se plantea la cuestión de la esperanza; sin embargo, no es común encontrarla relacionada con el mundo y con la vida de los pobres. Podríamos preguntarnos, por ejemplo: ¿Hay esperanza para los pobres? ¿Cuál es su esperanza hoy? ¿Cómo pueden alimentar nuestra esperanza? ¿Tienen algo que ofrecer?

Considero necesario precisar el sentido de esos dos grandes términos que dan el título a esta reflexión: *esperanza* y *pobres*. Parto de la argumentación cristiana de la esperanza como la tendencia humana a un algo nuevo y mejor que aún no se da, como expresión de la grandiosa capacidad que tenemos de trascender y superar los obstáculos y limitaciones que se nos presentan, pero fundamentados en el Dios de las sorpresas. Se trata, en definitiva, de un estar en marcha, en éxodo, en pascua desde un pasado y un presente marcados con realidades que no deberían ser, hacia un futuro repleto de novedad y bondad; una esperanza que –en cuanto tenacidad y confianza– supone abandono, compromiso, y por tanto está intrínsecamente unida a la fe y al amor.

Asumo la comprensión del *pobre* más allá de las teorías dulzonas o románticas, e incluso opresoras, que tienden a justificar y generalizar la pobreza y a despreciar e invisibilizar al pobre en sus variados rostros y sufrimientos, aun malentendiendo el mensaje de Jesús de Nazaret, en el caso de esas miradas excluyentes o espiritualistas. Es decir, entiendo el pobre desde la perspectiva existencial, como el carente de lo básico para vivir como persona humana y en cuyas carencias materiales o económicas, casi *ad infinitum*, desarrolla un enorme potencial de valores humanizadores que vienen,

<sup>1</sup> Secretaría General del Sínodo, “Ensancha el espacio de tu tienda”. Documento de trabajo para la etapa continental.

como dice Pedro Trigo, del “impulso del Espíritu”<sup>2</sup> y que en ocasiones dichas escaseces también pueden llevarle a caer en situaciones de deshumanización que dañan su vida y la de otras personas, como bien lo analizó anticipadamente Federico Carrasquilla<sup>3</sup>. Es decir, me refiero al pobre de verdad o, como lo designan Pedro Trigo<sup>4</sup> y Alberto Parra<sup>5</sup>, al “simplemente pobre”, al que más golpea y mata la multitud de limitantes y peligros humanos en los campos psicológico, moral, religioso, cultural y científico.

He dividido la reflexión en cuatro momentos. En el primero planteo el surgimiento de la esperanza en medio de la incertidumbre. En segundo lugar abordo al Dios Salvador testimoniado en el Evangelio como fundamento de nuestra esperanza. En tercer lugar presento algunos desafíos de la esperanza de los pobres a la experiencia creyente y a nuestra teología. Finalmente esbozo la urgencia de una espiritualidad esperanzadora para nuestro tiempo, a partir de las víctimas y de los pobres.

## El surgimiento de la esperanza: la incertidumbre

### Esperanza desde el margen de la historia

La discusión actual acerca del fin de la limitación humana y la impertinencia de una esperanza en la inmortalidad y la resurrección, que subyace al transhumanismo, parecen revivir la premisa que hace varios años planteó el libro titulado *El fin de la historia y el último hombre*, publicado en 1992. Con él se fue imponiendo la tesis de que no había nada más que esperar bajo este cielo que el dominio del capital, mediante el libre consumo y la lógica de la máxima rentabilidad en el circuito de producción y circulación de bienes y servicios.

Hoy los sueños se venden especialmente a través de los medios de comunicación y el ejercicio del poder. En el decir de Walter Brueggemann, circula una “ideología de la esperanza”<sup>6</sup> o “una falsa esperanza, incapaz de incidir eficazmente en la desesperación”<sup>7</sup>; o una confiscación de la esperanza para uso exclusivo del gobernante y del opresor<sup>8</sup>. Es decir, los dueños de las naciones se la apropian y hacen lo posible para imponerla a la sociedad, con el fin de que las cosas se mantengan estáticas, y así lograr sus intereses como clase dominante. Esta esperanza de los poderosos es la que afirma que todas las

<sup>2</sup> Trigo, *Echar la suerte con los pobres de la Tierra. Propuesta para un tratamiento sistemático y situado*, 16.

<sup>3</sup> Carrasquilla, *Escuchemos a los pobres. Aportes para una antropología del pobre*, 46-52.

<sup>4</sup> Trigo, *Echar la suerte con los pobres de la Tierra*, 14-18.

<sup>5</sup> Parra, *Textos, contextos y pretextos. Teología fundamental*, 304-305.

<sup>6</sup> Brueggemann, *La imaginación profética*, 25.

<sup>7</sup> *Ibíd.*, 82.

<sup>8</sup> *Ibíd.*

cosas están bien, que no hay nada que reformar porque, en definitiva, una novedad no les conviene.

Con este panorama pareciera que los pobres y las víctimas, debido a sus carencias, a sus ignorancias y a tantas otras limitantes sociales, se vieran condenados a aprobar pasivamente tal sistema de cosas, a vivir sin esperanza, a no esperar nada bueno y mejor, a sobrar y a morir. Pero no: precisamente junto a estas visiones particulares de mundo y a los grandes alcances de la ciencia y de la técnica, en numerosos campos de la vida, emerge el grito de los pobres y las víctimas, y de sus aliados, que se entremezcla con el clamor de la tierra; y junto a estos gritos y clamores brota una fuerza que hace vislumbrar un futuro alternativo, incluso a pesar de la imposibilidad de sospecharlo y aprehenderlo de manera concreta en el presente.

En perspectiva cristiana, la esperanza ha de ser pensada desde aquellos por quienes Dios ha tomado partido preferentemente: los pobres y las víctimas. De ellos y ellas, así como de quienes se ponen de su parte y –sin ser pobres, en seguimiento al mensaje de Jesús– asumen la causa de los desposeídos y sufridos de la tierra y participan de la alegría que Dios espera que vivan quienes están bien, ante la llegada de su Reino, que favorece formidablemente a los últimos y descartados.

Sin embargo, conviene adentrarnos más en la experiencia de fe y esperanza, llena de amor, que se cultiva entre los pobres y brota de la experiencia del Crucificado que ha resucitado y se nos ha dado como nuestro Salvador. Permítanme insertarme un poco en la experiencia de fe cristiana y rasguñar algo de lo que he podido vivir y reflexionar a partir de la experiencia de caminar con los pobres durante varios años de mi vida.

### La pascua y la pesca: imágenes esperanzadoras

Quisiera tener en el foco de esta reflexión dos imágenes sobre la pesca: una de la Biblia y una de la vida. En los días de Pascua se nos presentan en la liturgia relatos de aparición o, mejor, de encuentros con Jesucristo resucitado. Uno de ellos narra el encuentro con sus discípulos en el lago de Tiberíades, después de una mala noche de pesca, en la cual no hubo ni un pescado (Jn 21,1-14). Jesús se les presenta en medio del lago, después de que hubieran pasado toda la noche bregando, y al ser interrogados por Jesús sobre algo para comer, aburridos le responden que no tienen nada, que no han pescado nada. Él los invita a intentarlo de nuevo y allí tiene lugar la pesca abundante y maravillosa, que suele llamarse milagrosa.

En esos mismos días de Pascua<sup>9</sup> y en relación con este evangelio de la pesca, se me viene a la mente una experiencia que tuve la oportunidad de vivir, con un

<sup>9</sup> Tiempo en el cual se empieza a escribir este texto.

grupo de pescadores con quienes participé en un encuentro nacional de apostolado del mar y de los ríos, organizado por la Conferencia Episcopal de Colombia, con la participación de dos profesores de la Pontificia Universidad Javeriana. “Más pan, más paz”, era el lema del evento. En el comedor de una casa de encuentros, en Cartagena, mientras almorzaba con mujeres y hombres pescadores, pedí el pegado del arroz y vi que ellos se alegraron, de manera que al llegar el plato con “la pega” compartimos también este bocado (o sobrado) que a algunas personas nos gusta.

Mientras comíamos ese arroz con agrado, allí los pescadores compartieron algo de lo que representa la ardua labor de la pesca. Contaban que ellos debían salir por una noche o durante uno, dos o más días a pescar, dejando a sus mujeres y sus hijos solos. Al regresar vivían la experiencia del gozo o del fracaso. Muchas veces –decían ellos–, nos toca volver sin nada en la canoa, sin pescado. Cuando eso pasa, no hay con qué comprar el arroz para cocinar, es decir, no hay qué comer en el hogar; entonces, no se come, se afecta la vida.

No obstante –decían–, otras veces llegaban con pescado. De esta manera había con qué comprar el arroz y comer bien. De este modo, durante la comida sonaban los calderos o los peroles o las ollas del arroz al raspar el pegado, la raspadura o el *cucayo* (como se le dice en la costa). Eso indica que se ha tenido una buena pesca y que hay comida en la casa. El raspar la olla significa fiesta.

El vecindario sabe que cuando no suenan los calderos en las cocinas de al lado es porque a la familia vecina le ha ido mal en la pesca, como a los discípulos en aquella tarde en el lago de Galilea, y que allí están pasando dificultad, no tienen comida y, por tanto, se debe compartir un poco de alimento con esos vecinos. Este compartir se hace siempre que es necesario. Eso es bello y es un gesto propio de la vida cristiana, así como la concreción del verdadero sentido de la eucaristía: partir, repartir y compartir el pan.

El comer y el estar alegres son signos de la Pascua, de la presencia resucitada y resucitadora de Jesús. Y los pescadores, pesquen o no pesquen, se recargan de aliento para salir al otro día a seguir pescando, incluso aunque les aguarde otro día de penuria. Esa facultad de salir y seguir remando, continuar buscando, es también muestra de la esperanza que brota del Cristo Resucitado y resucitador.

Cada vez que como el arroz con su pegado, me llega a la mente el relato de aquellos trabajadores alegres y pescadores esperanzados por el programa de desarrollo del Canal del Dique y de la costa caribe colombiana en aquellas inolvidables comidas costeñas.

El gran teólogo de la esperanza, el alemán evangélico Jürgen Moltmann, afirma que “en todo el Nuevo Testamento la esperanza cristiana se dirige a lo que todavía no se ve; es por ello “esperar contra esperanza”; por esa razón, condena lo visible y

lo ahora experimentable, presentándolo como una realidad perecedera, como una realidad abandonada de Dios, que nosotros debemos dejar atrás<sup>10</sup>.

Tal afirmación se halla en total sintonía con lo que afirma la Carta a los Romanos: “Por esperanza hemos sido salvados: pero una esperanza que ve, no es esperanza; pues lo que uno ve ¿cómo lo esperará? Y si aguardamos algo que no vemos, aguardemos con paciencia” (Rm 8,24-25).

Allí se expresa el carácter activo de la esperanza cristiana. La esperanza es la certeza de que lo existente puede ser distinto, de otro modo, nuevo y mejor; de donde se desprende la certeza de otro mundo, otra sociedad, otra vida posible.

El filósofo Ernst Bloch, en su obra *El principio esperanza*, afirma que la esperanza puede surgir de las grandes preguntas que mueven el piso del ser humano: ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Qué esperamos? ¿Qué nos espera? Ellas, en medio de la confusión pueden generar miedo<sup>11</sup>. La esperanza, como sentimiento humano humanizador, aunque parte de la dureza y del miedo, vive enamorada del triunfo, no del fracaso<sup>12</sup>.

Estos elementos del realismo y la inconformidad propios del dinamismo de la esperanza pueden descubrirse en la vida los hombres y mujeres que sacan de dentro de sí esa hermosa capacidad de soñar despiertos y descubrir –en el “movimiento de lo existente”– la posibilidad de algo nuevo y mejor. Esta visión de la esperanza, como el soñar despiertos, que abunda entre los pobres y las víctimas, exige asumir en el diario vivir la disposición para la contemplación y la conciencia, la cual supone, en el decir de Bloch, el ejercicio del pensamiento como un traspasar o trascender, es decir, una salida o vencimiento de la *decadencia*. En efecto, esta inconformidad es lo que puede dar paso a la superación de aquello que no garantiza vida, ni justicia, ni amor, ni felicidad.

Esta es precisamente la distinción entre la esperanza que conlleva la profecía, por una parte, y la que contiene la apocalíptica, por otra. A juicio del teólogo biblista Pablo Richard, la apocalíptica se diferencia de la profecía en que esta parte de la situación positiva y grandiosa que podría deteriorarse si no hay una conversión y fidelidad al Dios de la alianza. Por el contrario, la esperanza apocalíptica parte de la situación buena ya destruida, dañada, mala, en la cual el pueblo se haya hundido en el caos, la tribulación y el sufrimiento.

El Apocalipsis anuncia una transformación o renovación, un nuevo amanecer gracias a la presencia de Dios-con-nosotros a través del regreso de Jesucristo como el

<sup>10</sup> Moltmann, *Teología de la esperanza*, 23.

<sup>11</sup> Bloch, *El principio esperanza* I, 25.

<sup>12</sup> *Ibíd.*

cordero degollado que reina por el amor y el perdón, y que ahora vive en medio de la comunidad y de toda la humanidad. El Apocalipsis –dice Pablo Richard–, en tales situaciones, permite a la comunidad cristiana reconstruir su esperanza y su conciencia. El Apocalipsis transmite una espiritualidad de resistencia y orienta la organización de un mundo alternativo. El Apocalipsis es un libro liberador y lleno de esperanza; su utopía es histórica y política.<sup>13</sup>

En consecuencia, la esperanza, en perspectiva bíblica neotestamentaria, surge y se revela precisamente en tiempos de incertidumbre, cuando las cosas no están bien y no queda más de dónde echar mano que del amor fiel y en muchas ocasiones escondido de Dios, pero real. Allí, donde no hay dinero que alcance, ni hay seguros, ni comodidades, ni abundancia, ni siquiera fuerzas para seguir andando, se levantan erguidos los pobres, a la manera del siervo sufriente de Yahvé y del mártir de la cruz, a continuar buscando, esperando, sin saber muy bien de dónde ni cómo le llegarán las oportunidades, el pan, la salud, el bienestar o –como suelen pedir tanto en las eucaristías– la prosperidad.

## Dios Salvador: fundamento de nuestra esperanza

### Un pueblo urgido de esperanza: experiencia y lenguaje

Conviene aquí precisar en qué medida puede catalogarse como esperanzador el mensaje y la praxis de Jesús. ¿Puede hablarse del tiempo de Jesús como de un tiempo carente de esperanza? ¿Si así lo fuere, cuál es esa la esperanza que Jesús colma con su presencia y su Palabra? Esta tarea nos obliga a hacer una mención breve de lo que suele llamarse “la esperanza judía”. ¿En qué consiste ella y cómo incide en la novedad que contiene la misión de Jesús y nuestra fe en él?

Pierre Grelot asegura que la perspectiva de esperanza que puede estar en el fondo de la comprensión cristiana proviene, en primer lugar, de un judaísmo en *crisis*. En efecto, la difícil situación de Judea –manifestada en una gran persecución y sus consecuentes agitaciones bélicas sucedidas entre el año 175 y 150– hundieron al judaísmo de ese tiempo en una situación profundamente crítica, de tal manera que este tuvo que replantear la esperanza tradicional<sup>14</sup>. Emerge entonces la necesidad de una recuperación de la identidad como pueblo en alianza con Dios, la unidad nacional mediante el cumplimiento de la Ley, la atención al contenido de la esperanza profética y la confianza en el cumplimiento de las promesas divinas. En medio de la crisis,

<sup>13</sup> Richard, *Apocalipsis. Reconstrucción de la esperanza*, 8.

<sup>14</sup> Grelot, *L'espérance juive à l'heure de Jésus*, 30.

irrumpe en el pueblo de Dios la urgencia de una novedad, lo que supone la fuerza de la esperanza.

Al condensar la esperanza judía, cercana a la época a Jesús, la profecía de Daniel está atravesada por el tema de la esperanza, y dedica una buena extensión a la exaltación de los héroes antepasados y al juicio de Dios contra las potencias políticas orgullosas e idolátricas (Dn 2-5), una exhortación al martirio (Dn 3-6) y la explicación de un sueño profético representado en las cuatro bestias y el hijo de hombre (Dn 7). Finalmente, evoca la visión del mundo futuro en el cual participarán todos los justos del pueblo salvado (Dn 7 y 10-12)<sup>15</sup>.

En un tiempo de persecución, la única esperanza que queda es Dios para que opere la salvación y el establecimiento de su Reino (Dn 2,35; 45: 8,25). La riqueza de signos esperanzadores en la vida del pueblo de Dios –en el Antiguo Testamento– parece jugar un papel importante en la manera como Jesús asume la misión salvadora.

La visión de Daniel de una estatua de metales, tomada del simbolismo paradisiaco, representa el reinado de Babilonia en ese momento, cuyo jefe es Nabucodonosor, simbolizado en su cabeza (de oro). El símbolo (no metáfora) de la piedra pequeña que cae misteriosamente de algún lugar, no hace alusión a algo humano, a un personaje, sino a la acción “misteriosa” de Dios, por medio del Mesías<sup>16</sup>. Aquí aparece, de manera imprevisible, la acción de Dios en la historia de su pueblo, igual que en la pesca en el lago de Galilea y en tantas luchas de las víctimas y los pobres de nuestro tiempo.

La esperanza judeo-cristiana hace uso del lenguaje y la simbólica transformadores. En este sentido, Brüggemann afirma: “Verdaderamente, el lenguaje del asombro es el fundamental elemento dinamizador de Israel, y los profetas de Dios son llamados a emplear dicho lenguaje, tan lleno de posibilidades dinamizadoras”.<sup>17</sup>

El mundo futuro soñado por el profeta Daniel –según Grelot– no hace referencia a un mundo fuera de la tierra, sino que se relaciona *con esta tierra presente*<sup>18</sup>. En él jugarán un papel muy importante los profetas de la verdad, los enseñantes de la justicia (Dn 3,1-13), los mensajeros de la paz (Is 52,7-8)<sup>19</sup> y los testigos del amor. La oblación de sí mismo, la formación en la justicia y la práctica de la misericordia son temas claves en la comprensión profética cercana a Jesús de Nazaret.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, 36-37.

<sup>16</sup> *Ibíd.*, 38-39.

<sup>17</sup> Brüeggemann, *La imaginación profética*, 83.

<sup>18</sup> Grelot, *L'espérance juive à l'heure de Jésus*, 34.

<sup>19</sup> “¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que trae buenas noticias, buenas noticias de paz y de salvación, las noticias de que el Dios de Israel reina! Los centinelas gritan y cantan de alegría, porque con sus propios ojos ven al Señor regresando a Jerusalén” (Is 52,7-8).

Así como les sucede a los *pescadores* del canal del Dique y de la costa Caribe, la lucha del pueblo de Dios es constante, se le invita a vivir en permanente búsqueda y lleno de confianza en la cercana y transformadora acción de Dios, mientras se entrega con ahínco a sus avatares cotidianos. Por tanto, la irrupción de Jesús como salvador responde a esta esperanza de un Mesías que transformará la difícil situación del pueblo de Israel. Podemos decir que, en medio de la grave crisis político-religiosa, esta esperanza del pueblo de Dios es insospechadamente colmada. El mensaje de la esperanza cristiana brota en tiempos de crisis y conflictos. Jesús será confesado como Dios debido a lo que dice y a lo que hace.

Y ¿cuál era ese modo de actuar tan cautivador? Expulsando demonios perturbadores de la integridad humana, haciendo posible el pan para los estómagos vacíos y hambrientos, curando las vidas afectadas por diversas enfermedades, sanando corazones y haciendo retornar a la comunidad a los apabullados y excluidos por causa de su pecado. En estos hechos concretos la gente necesitada capta el cumplimiento de las promesas liberadoras del buen Dios. La revelación es –en primer lugar– acontecimiento (*dabar*), acción (cumplimiento). Jesús asume la esperanza de su pueblo mediante el cuidado y la confianza. Esto se refleja en muchos relatos de curación.

¡Una performatividad única! se diría, a partir de las ciencias de la significación lingüística, elemento clave del discurso teológico, desarrollado en detalle por Ignacio Madera y el grupo de investigación “Teología y mundo contemporáneo”<sup>20</sup>. La esperanza de los sufridos, de los empobrecidos, de los ninguneados y de los excluidos, es colmada. Y el cumplimiento tiene estrecha relación con la comida, la bebida, la salud, el descanso, la sabiduría, la gratuidad y la tranquilidad. Eso es lo que anhela una persona pobre. Por eso come todo lo que puede cada vez que tiene la oportunidad, comparte aunque no le quede para después, “hecha la casa por la ventana”, da de lo mismo que necesita, atiende a quien está en peores condiciones, reza por los pobres aun estando en la pobreza.

## El Evangelio es fuente de esperanza

“Sólo el Evangelio puede mantener encendida la luz de la esperanza”, ha dicho el papa Francisco<sup>21</sup>. En seguida emerge la pregunta: ¿En qué sentido? Y me surge esta respuesta: en que, en medio del drama y la tragedia, cuando todo estaba perdido y nada se perfilaba en el horizonte, irrumpió la vida, la alegría y el perdón. En la cruz de

<sup>20</sup> Madera, “Performatividad y autoimplicación: hacia un lenguaje teológico significativo”, 28-30.

<sup>21</sup> Francisco, “Discurso a los capitulares de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada”.

Jesús de Nazaret se lleva a cabo la revelación de Dios como el Dios de las posibilidades, de las novedades y las alegrías; en fin, el Dios de la esperanza.

En los primeros seguidores y seguidoras de Jesús se nota la articulación entre *sinodalidad* y *esperanza*. Solo al encontrarse unos con otros y unas con otras, al recordar la tragedia y la acción de ese Dios que no le falló a Jesús, la vida se fue cargando de esperanza e ilusión. Y solo así comenzó con ardor y alegría el anuncio de la presencia viva de Dios entre nosotros. Es en la comunidad donde se va constatando la certeza de que Jesús verdaderamente ha resucitado.

El relato de la superación de la tragedia de su asesinato (tumba vacía) y los encuentros con él de múltiples formas y de varias personas (apariciones) se juntan para hacer despuntar un nuevo día y hacer estallar el sentido de la vida: no todo está perdido. Creemos, entonces, en la resurrección porque Dios ha resucitado a su Hijo Jesucristo y esta gloria se ha rebotado en bien de toda la humanidad; pero además creemos en ella porque nos ha sido dada esta buena noticia en los evangelios y demás textos apostólicos, y también porque hemos experimentado, al menos una vez, el triunfo de la justicia sobre tanta ignominia, de la gloria sobre tanto sufrimiento, de la paz sobre tanta aniquilación, de la esperanza sobre tanta incertidumbre y del gozo sobre tanta congoja.

## Desafíos de la esperanza de los pobres a la experiencia creyente

### Una Iglesia en estado permanente de esperanza

¿En qué medida la esperanza de los pobres desafía la experiencia creyente en estos momentos particulares de la historia? Esta pregunta es muy relevante porque en el contexto mundial se privilegia la preponderancia de los grandes y los fuertes, de los súper ricos y poderosos, de los violentos e influyentes. ¿Qué pueden aportar los pobres y su esperanza, más aun cuando se nos ha metido en el inconsciente colectivo que son un estorbo, una masa sobrante que ni piensa, ni sueña, ni tiene nada que aportar?

A partir de esta pregunta pienso en la necesidad de configurar en la Iglesia un estado o proceso permanente de esperanza; proceso que sería equiparable al “estado permanente de misión” que el magisterio latinoamericano y caribeño planteó para estas tierras nuestras tropicales y empobrecidas, en Aparecida, Brasil, en 2007, y que años más tarde el papa Francisco propuso para toda la Iglesia en la *Evangelii gaudium*<sup>22</sup>.

<sup>22</sup> Véase Celam, *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Documento conclusivo* 551; Francisco, *Exhortación apostólica Evangelii gaudium. Sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual* 25.

Convendría pensar en el desarrollo del ministerio de la esperanza, el cual conlleva una actitud crítica y una aflicción ante un mundo que no es acorde con el querer y con las promesas de Dios, y alienta a aguardar paciente y corajudamente el júbilo de un mundo más justo y en paz. El gozo cristiano supone la penosa tarea de llorar la muerte del mundo viejo y opresivo y la alabanza al Dios que no defrauda y hace nuevas todas las cosas, que provoca así el estallido de la verdadera felicidad y el reinado del bien común.

### La pequeña comunidad: tierra de cultivo de la esperanza

Una de las grandes insistencias del magisterio latinoamericano y caribeño tiene relación con la urgente promoción de comunidades eclesiales de base<sup>23</sup> y de pequeñas comunidades<sup>24</sup>. Estas comunidades sencillas y vivas son el germen y la razón de ser de la Iglesia, en cuyo seno se concreta la formación, la espiritualidad y la misión eclesial.

Según Aparecida, ellas son un ámbito propicio para escuchar la Palabra de Dios, vivir la fraternidad, animar en la oración, profundizar procesos de formación en la fe y fortalecer el exigente compromiso de ser apóstoles en la sociedad de hoy. Ellas son espacios de experiencia cristiana y evangelización que, en medio de la situación cultural que nos afecta, secularizada y hostil a la Iglesia, se hacen todavía mucho más necesarias<sup>25</sup>.

Nuestra Iglesia, después de haberse explicado a sí misma durante siglos a partir del poder y la gloria de su institucionalidad, ahora ha de explicarse privilegiando los pequeños grupos, células, comunidades, fraternidades, asambleas y otras experiencias sinodales. Ese es el germen del Reino de Dios.

El trabajo evangelizador en parroquias no puede claudicar en esta tarea de fortalecer la Iglesia de comunión, participación y misión con los pobres en el centro. Cuando en el centro están solo los más ilustrados e influyentes, la Iglesia corre el riesgo de volverse rígida, ritualista, administrativa y platera. La centralidad de los pobres en la Iglesia, que se corresponde con la de Jesucristo, es la que le dará un nuevo semblante y vigor. Porque cuando Cristo es el centro, él no está solo, sin el Reino y sin sus predilectos, los pobres. Cristo significa Reino y pobres.

<sup>23</sup> Celam, *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe* 178-180.

<sup>24</sup> *Ibíd.* 307-310.

<sup>25</sup> *Ibíd.* 308.

## Una teología que piensa a Dios en la realidad a fin de transformarla

Si la Iglesia mira y privilegia a los pobres, como pide el Evangelio de Jesús, la teología –que debe estar al servicio de ella y de su misión– ha de pensar a Dios y al ser humano desde la fe vivida en medio de la realidad y no al margen de ella. La realidad real, repleta de signos fascinantes y desafiantes, se convierte en el contexto sin el cual ese Dios pensado será pura abstracción, especulación y lejanía. Un Dios semejante solo servirá para ser admirado, alabado y glorificado, pero no para ser sentido cercano, tierno, compasivo y digno de seguimiento. El Dios de la teología hoy no debe ser el Dios-tema y simplemente misterio aterrador, sino el Dios vida y misericordia; no el Dios blando al que todo le da igual, sino el Dios que se retuerce al ver la ignominia de las guerras en Gaza, Ucrania, Colombia; no el Dios romántico que compagina solo con colores, aromas y abrazos, sino el Dios que también se inquieta ante la falsedad, la indiferencia y la tendencia a destruir la justicia, la ética y la democracia en los pueblos de la Tierra.

Qué bueno es cuando la reflexión teológica se acerca, rasga, menciona, afecta e ilumina la realidad cotidiana de los seres humanos. Esto es un reto del lenguaje teológico para que este asegure su significación y relevancia en todo tiempo y lugar.

## Una fe crítica de la economía neoliberal y defensora de sus víctimas

La guerra económica, en el panorama geopolítico mundial, que se impone hoy como expresión de la reactivación de los imperialismos asesinos, y el uso del hambre como arma de guerra –como está sucediendo en la franja de Gaza– demandan una vida de fe y una teología otras. Al seguir la genial intuición del papa Francisco, nuestra Iglesia y la teología que desarrollamos en ella están retadas a interesarse por el tránsito de una economía generadora de muerte para los pobres a una economía que garantice la vida de los pobres y de toda la humanidad. Este paso, de una economía que mata, a otra que da vida, parece un sueño inalcanzable, una ilusión; pero es necesario reconocer que en los reinados de la injusticia y del terror no podrán lograrse derechos y oportunidades de realización humana sin la movilización de los pobres y de quienes comparten su causa.

Resulta alarmante que, en nuestra patria, la lucha por mejores condiciones de vida para todas y todos haya estado teñida de sangre. El sacrificio de colombianos como Jaime Pardo Leal, Bernardo Jaramillo Ossa, Manuel Cepeda y muchísimos más, porque han soñado y procurado una Colombia justa, feliz y en paz, debe alentarnos. Una esperanza como la de ellos y la de tantos líderes y lideresas sociales, muchos de

ellos cruelmente asesinados en Colombia, es la misma de los pobres: nos desacomoda, nos conmueve y nos une a Jesucristo.

Su memoria nos recuerda que muchos de los logros en derechos humanos para las mayorías de la sociedad, en el campo laboral, social, educativo y político, han sido posibles gracias a su lucha y a las manifestaciones ciudadanas. Las marchas justas y pacíficas tienen algo que decir: nos enseñan que la esperanza es germinal, activa y creadora. Así es el Reino de Dios instaurado por Jesús: comienza por lo marginal, lo aparentemente insignificante, lo pequeño y lo no reconocido; pero tarde o temprano provoca cambios, novedades, maravillas, como el granito de mostaza y la levadura en la masa.

Los gozos, sufrimientos y esperanzas de los pobres nos disponen a vivir la esperanza, a acompañarla de libertad y valor, allá en la vida agitada de la urbe y del campo, y aquí en estas aulas del saber. Qué bien haría la promoción del ministerio profético de fe y justicia en nuestras iglesias, de manera que se lograra dinamizar la acción profética como elemento esencial de la misión evangelizadora. La promoción del compartir fraterno y gozoso en nuestras comunidades es otra forma de contribución y resistencia a las guerras arancelarias que se han vuelto pan de cada día.

## Los pobres limpian el rostro de la Iglesia y de la teología

Puede decirse que los pobres, con su esperanza, siempre han caminado con la Iglesia porque son Iglesia, y esta es mayoritariamente de pobres, aun cuando a ellos se les discrimine. Cuánto bien haría procurar que se acerquen a limpiar, con el manto de su esperanza, el rostro de una Iglesia y de una teología quizás ya cansadas de hacer, pensar, hablar, repetir. Y así, como Jesús camino al Calvario, sientan ellas el frescor para “seguir andando no más”<sup>26</sup> (como dice bellamente la canción latinoamericana), con sentido y esperanza.

La insistencia de Francisco en que la teología –al igual que toda la Iglesia– debe permanecer en estado de salida hacia las fronteras, se vuelve un puente para ser una vez más “voz de los sin voz”, como lo fue San Óscar Arnulfo Romero, y para hacer que los pobres reflexionen su fe y que su vivencia y esta reflexión propia de los pobres sea valorada como fuente de indagación teológica hoy.

La mirada y la escucha de los pobres, como en otros momentos, le permitirá recuperar el realismo crítico y analítico de la fe en medio de la historia. Valorar la calle, la casa, el grupo, el vecindario, la comunidad, como lugares de esperanza, nos permitirá construir una teología con cuerpo, con carne, con rostro y palabra, esto es,

<sup>26</sup> “Hay que seguir andando”, composición de Carlos Saracini.

con olor y sabor a Cristo, a pueblo y a pueblo pobre y victimizado<sup>27</sup>. De hecho, es un pobre injustamente ajusticiado, una víctima perdonadora a quien Dios ha exaltado y constituido Divino Salvador. Esta verdad renueva nuestra esperanza, nuestra fe y nuestra reflexión.

De esta manera, la *crístología*, por ejemplo, será una reflexión del misterio y vida de Jesucristo que se actualiza en el cuerpo y en la carne doloridos de quienes él mismo constituyó predilectos del Reino y paradigma de acceso al mismo. Recuperar así su fidelidad a la propuesta de Jesús y plantar el misterio de salvación en su centro le será más fácil gracias a la cercanía y amistad con los pobres. Entender y explicar el acontecimiento redentor y el dogma cristológico le será más llevadero y persuasivo, si lo hace a partir de aquellos en quienes Jesús quiso ser identificado para siempre y ser ayudado misericordiosamente. La opción por ellos y ellas –como lo recaló Benedicto XVI, en su discurso inaugural de la Asamblea del Celam en Aparecida, en 2007– “pertenece a la fe cristológica”<sup>28</sup>; es decir, no puede haber verdadera fe cristiana sin la opción por los pobres.

De igual forma, la esperanza de los pobres permitirá comprender la *sacramentalidad* como el espacio y momento de anticipación de la vida divina que humaniza y da plenitud a la nuestra y dispone a construir un mundo en sintonía con las promesas del Dios de Israel y de Jesús. El sacramento de la eucaristía, por ejemplo, será el lugar de la fraternidad y la sororidad, de la solidaridad y el perdón que necesita esta humanidad enemistada, polarizada y violentada. La vida sacramental comprendida, celebrada y vivenciada desde los pobres, como insisten Víctor Codina y Leonardo Boff en clave liberadora, debe ser el pozo donde se agigantan la luz, la esperanza y la fuerza para seguir andando, alentados por la certeza de otro mundo posible. En efecto, la sinodalidad requiere de la presencia viva de los pobres y las víctimas, porque viven y caminan con la llama de la esperanza encendida.

Al caminar con los pobres y las víctimas, reconociéndolos y escuchándolos, la teología puede llevar a cabo la apremiante tarea de actualizar la labor educativa de la fe que los documentos *Evangelii gaudium* y *Veritatis gaudium* han pedido, exhortando a construir una nueva y *original apologética*<sup>29</sup>. Esta apologética o anuncio acorde a la sociedad contemporánea, debe ser una reflexión de fe peregrina y sudorosa, curtida y gozosa, profunda y comprensible para las gentes de hoy.

<sup>27</sup> Francisco, *Exhortación apostólica Evangelii gaudium* 24; 76.

<sup>28</sup> Celam, *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Documento conclusivo: Discurso inaugural de su santidad Benedicto XVI*.

<sup>29</sup> Francisco, *Exhortación apostólica Evangelii gaudium*, 132. Idea retomada en la *Constitución apostólica Veritatis Gaudium, sobre las universidades y facultades eclesiásticas*.

En consecuencia, como afirma Josep Giménez Melià<sup>30</sup>, hablar del cumplimiento de las promesas, del *esjatos* (lo último), en la sociedad contemporánea, sería más comprensible si se abordase desde los *esjatoi* (los últimos), es decir, los pobres, las víctimas, los descartados por este sistema económico-político reinante. Porque dan cuenta de que Dios hace posible que lo que no es o lo que no se tiene sea una realidad.

## Urgencia de una espiritualidad esperanzadora

### La esperanza como eje transversal de la vida cristiana

Dicho lo anterior, es preciso afirmar que de los pobres brota una fuerza vivificadora que solo puede venir de Dios, el capaz de llamar lo que no es a la existencia, el Dios de las sorpresas y de lo imprevisible y, al mismo tiempo, el Dios del compromiso y el amor eficaz. La vida de las personas pobres y sufridas conforma un pozo de donde puede sacarse agua, como la que deseaba Jesús para seguir andando.

Sembrar la espiritualidad al modo de los pobres significa transversalizar la esperanza, que es la virtud que posibilita la renovación evangelizadora de la Iglesia por medio de la misión, la celebración y la reflexión. Del modo de confiar que tienen los pobres y de aguardar pacientemente la acción de Dios en sus vidas y en la historia, emergen gérmenes que traen un nuevo amanecer para esta tierra de Dios; y esta confianza y esperanza atraviesan toda su vida, es decir, están en su diario trasegar, luchar y soñar. No son un compartimento aparte del existir, sino que se vuelven su modo de ser.

Dicho lo anterior, es posible plantear en este punto la necesidad de un estado permanente de esperanza, lo que significa que el modo de ser, de creer y de amar de los pobres y de sus aliados se condensa en su esperanza. Aquí debe situarse nuestra acción y nuestra reflexión.

### Rasgos de la espiritualidad esperanzadora

Pueden determinarse unos ejes, dimensiones o rasgos por medio de los cuales transita y se fortalece la esperanza, en la perspectiva de los pobres y las víctimas, para dejar que ella siga venciendo toda desesperanza y sinsentido. Tales rasgos se describen a continuación.

– *La anamnesis*: Es el encuentro para hacer memoria y tomar el pulso de la vida como ha sido ella y como es; lo que implica escucharse, ser escuchado y escuchar acerca de la realidad de la vida. La anamnesis supone acoger el peso de lo que no

<sup>30</sup> Giménez Melià, “Hablar de lo último desde los últimos. Algunas consideraciones en torno al tratado de escatología”, 28-29.

debió haber sucedido o no debe suceder, para tomarse la vida en las propias manos y no arrojársela al descuido y la irresponsabilidad. Es lo que hacen los pobres cuando, en las cocinas de su casa, en el campo, o en el sabor de un café en familia o entre amigos, permite hacer memoria de lo que está pasando y de los retos que la vida demanda. Aquí es posible captar a Dios al lado de la víctima y del sufriente e identificarse con Jesús como quien padece igual que todo ser humano. Sobre esta memoria escribió el papa Francisco:

Pero la esperanza es sobre todo la virtud del movimiento y el motor del cambio: es la tensión que une memoria y utopía para construir como es debido los sueños que nos aguardan. Y, si un sueño se debilita, hay que volver a soñarlo otra vez, en nuevas formas, recurriendo con esperanza a las ascuas de la memoria.<sup>31</sup>

– *La luminosidad:* Es lo que permite profundizar y analizar la realidad y la vida. Implica dejar que la Palabra divina sea luz en nuestro caminar. Es como aplicar el famoso proverbio “es mejor encender una vela que maldecir la oscuridad”; es decir, es mejor procurar esa pequeña luz que quedarse vencido o vencida en la tiniebla y la penuria; como hacen los pescadores, al salir insistentemente a buscar el pan para sus mesas. Es lo que hacen tantas personas necesitadas y esperanzadas, mayoritariamente mujeres, al participar en los encuentros de comunidades eclesiales de base, en el curso bíblico, o en las casitas y escuelas bíblicas que –en distintos sectores del suroriente de Bogotá– se congregan para iluminar la vida con la Biblia y con la llama de la esperanza. Es lo que hicieron los discípulos de Emaús en la tarde de Pascua (Lc 24,13-35): dejarse iluminar, entender las Escrituras y seguir hacia adelante.

– *El fervor:* Son propiamente los momentos de oración, abandono, entrega en las manos de aquel que sabe y anhela lo mejor para sus hijos e hijas. La confianza al rezar posibilita un alineamiento con la voluntad del Padre presente entre nosotros y siempre de nuestra parte: como el rezo de doña Flor, madre de ocho hijos y abuela de quince nietos, quien reza su rosario diariamente, antes de levantarse al desayuno, con su esposo, aunque ello parezca una simple repetición mecánica; pero a sus avemarías une los problemas y anhelos de cada uno de nosotros, sus hijos, ora por sus nietos, en especial por los más necesitados, evoca las necesidades de su comunidad y piensa en la gente que sufre enfermedades o vive en calamidad; no es una devoción ciega ni una esperanza inmovilizadora, sino todo lo contrario.

– *El ágape:* Es el encuentro fraternal, sororal o familiar que distiende la vida, propiciando el ambiente hogareño de confianza, alegría y unidad. Este amor y

<sup>31</sup> Francisco, *Esperanza. La autobiografía: memorias del papa Francisco*, 4.

solidaridad anticipan la comensalía universal y concretan el banquete trascendente del Reino de Dios; como sucede en la mesa de los discípulos de Emaús y en la mesa de los pescadores con arroz, pescado y alegría. El comer juntos impulsa a seguir adelante, y por eso es tan practicado por los campesinos después de una misa o una novena. Esta disponibilidad para el ágape, que brota de la esperanza y que debe ser promovida en la acción pastoral, pone la comunión y la gratuidad por encima del egoísmo y la división. Y esta comunión fraterna real constituye una muestra de la posibilidad de vencer las exclusiones y brechas por causa de las tendencias y los sistemas sociales, políticos y económicos capitalistas e irracionalmente codiciosos que, en el decir del papa Francisco, oprimen, descartan y matan<sup>32</sup>. Aquí radica la importancia de los bancos de alimentos y la cooperación solidaria de tantas personas que ayuda a que los pobres se superen y la comida no falte en las mesas de los excluidos.

– *La mayéutica*: Esta actitud nos lleva a preguntar e indagar acerca de la esperanza que anida en el interior de cada persona y captar el paso de Dios al clamar e impulsar la vida hacia adelante. Es relevante el caso de la pesca inesperada, cuando los discípulos –contra los pronósticos y hechos– logran llenar las redes, la barca y las mesas de alimento y felicidad. Por eso resuenan las ollas con la melodía del raspado del arroz pegado. El dar razón de la esperanza, como fuente de la labor teológica, más que elucubrar abstractamente sobre las propiedades y potencias divinas en sí, se vuelve una espiritualidad discerniente, que dota de una sabiduría para captar y dar cuenta del cumplimiento de las promesas de Dios en la propia vida y en la de su pueblo.

Para ello es necesario aquel discernimiento que nos ha legado San Ignacio de Loyola, que siempre nos transmite esta universidad; y es necesaria esa confianza inquebrantable en la divina providencia que marcó la vida del beato Francisco Jordan<sup>33</sup> y conlleva caminar en total abandono en los brazos del Dios de las sorpresas y de las nuevas posibilidades, en contra de la conjetura planificada, calculadora y arrogante. Esta confianza, que es contraria al pesimismo estéril, como insistía el papa Francisco, permite otear el mañana nuevo y mejor que nos pone en peregrinaje permanente. Al respecto, el mismo Francisco nos dijo, en la *Evangelii gaudium*:

Una de las tentaciones más serias que ahogan el fervor y la audacia es la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados con cara de vinagre. Nadie puede emprender una lucha, si de antemano no confía plenamente en el triunfo. El que comienza sin confiar perdió de antemano la mitad de la batalla y entierra sus talentos. Aun con la dolorosa

<sup>32</sup> Francisco, “Mensaje con ocasión del evento ‘Economy of Francesco’”.

<sup>33</sup> Fundador de los salvatorianos y salvatorianas, tanto laicos y laicas como religiosos y religiosas.

conciencia de las propias fragilidades, hay que seguir adelante sin declararse vencidos, y recordar lo que el Señor dijo a san Pablo: “Te basta mi gracia, porque mi fuerza se manifiesta en la debilidad” (2Co 12,9).<sup>34</sup>

– *La misión:* Equivale a la dimensión ética o de la responsabilidad cristiana. Los actos anamnético, luminoso, oracional, agápico y mayéutico no terminan en ellos, sino disponen al compromiso renovador del pequeño mundo y de la historia. De todo ello surge el deseo y la disposición para retomar el camino o volver a empezar, y procurar un mundo justo y en paz. Cuando en lo que suele llamarse misión o apostolado, en medio de poblaciones marginadas y sufrientes, se tiene un contacto, no solo de carácter turístico o pasajero, sino sentido y duradero, se logra percibir su potencial humanizador y evangelizador.

Viene a mi mente la entrega sin comparación de tantas personas que, en medio del trajín y de la penuria, no dejan de asistir a las reuniones y encuentros, ni desisten en el ejercicio de sus ministerios o servicios prestados gratuitamente y con alegría a la comunidad. Vienen a mi mente Ceila y Miguel, Mery y Beatriz, Martín y Lyda, Dora y Sofía, Francy y Teresita, Beto y Ofelia, entre otros muchos miembros del santo pueblo fiel de Dios, que se remanga siempre para trabajar por los demás. Esta construcción de comunidad expresa la apropiación del mensaje de vida o salvación que se hace carne, en la entrega y el servicio reales, más allá de la lógica del mercado, el poder y la rivalidad.

## Para concluir

Los pobres y su esperanza, como todos sus valores humanizadores, han recibido un gran apoyo mediante la teología desarrollada por el papa Francisco, quien siempre pensó y actuó desde la perspectiva de los pobres y excluidos. Somos llamados a adoptar y nutrir la esperanza como forma de vida. De allí irrumpe la fuerza del trabajo conjunto, la espera histórica paciente, la alegría de creer, la fiesta comunitaria de la persistencia terca e imbatible de los pobres y de toda la Iglesia, y por tanto, de las evangelizadoras y evangelizadores y de las teólogas y los teólogos.

Este dinamismo esperanzador se concreta en acciones y procesos que conjuguen el confiar y soñar, el planear y trabajar, el revisar y reflexionar, el arriesgar y festejar. Todos estos verbos urgen ser asumidos en la tarea evangelizadora cotidiana. Viene a mi mente la metodología de trabajo del Movimiento Infantil de Niño y Niñas en Acción, “MINA VIDA PAZ”, que tiene lugar cada sábado por la tarde, en nuestra comunidad.

<sup>34</sup> Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* 85.

Este es un espacio en el que se conjugan y dinamizan el cantar, el jugar, el pensar la realidad, el leer la Palabra de Dios y el orar, que son elementos de una espiritualidad esperanzadora para niños en medio de condiciones adversas a su desarrollo feliz y en paz.

Vale pena barruntar y promover esta espiritualidad de la esperanza, sin la cual no será posible la sinodalidad, ni la salida misionera, ni el cuidado de la casa común, ni la fraternidad universal. Constituyámonos en amigos de las periferias y desde allí gestemos y alimentemos nuestra esperanza como el mejor antídoto y ungüento perdurable, en estos tiempos de incertidumbre, miedo y amargura.

Si seguimos caminando solo referenciados con los poderosos, fracasaremos, como vemos que está fracasando la humanidad. Si nos aliamos a los que anulan la vida y quieren aniquilar la esperanza, también podremos perecer. Con los pobres y las víctimas vamos a buen puerto en todas las búsquedas renovadoras de la vida eclesial y la teología. Con ellos y ellas no nos equivocamos, porque al ir con ellos y ellas vamos con el Dios que no defrauda. Que la esperanza no defrauda (Rm 5,5) podemos comprobarlo entre los últimos y descartados. Por eso, esta es la clave del caminar y de la renovación de todo en la Iglesia.

No podemos quedarnos indiferentes ante las víctimas de tantos atentados ni ante el hambre de las mayorías del pueblo de Dios. Ellos y ellas nos esperan. No seamos cómplices de su miseria y su dolor. Seamos más bien secuaces de su andar y reproductores de su esperar. Con los pobres y las víctimas, la esperanza es acción.

## Bibliografía

- Bloch, Ernst. *El principio esperanza*. Tomo I (2.<sup>a</sup> ed.). Edición de Francisco Serra. Madrid: Trotta, 2007.
- Bravo Gaete, Moisés, y Sergio Armstrong Cox. “Fin del universo y esperanza cristiana”, *Veritas* 42 (2019). DOI: <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-92732019000100185>.
- Brüggemann, Walter. *La imaginación profética*. Santander: Sal Terrae, 1986.
- Carrasquilla, Federico. *Escuchemos a los pobres. Aportes para una antropología del pobre*. Bogotá: Indo-American Press Service, 1997.
- Celam. *V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Documento Conclusivo*. Bogotá: Consejo Episcopal Latinoamericano, 2007.
- Francisco. *Constitución apostólica Veritatis gaudium. Sobre las universidades y facultades eclesíásticas*. Roma: Libreria Editrice Vaticana, 2017.

- Francisco. *Esperanza. La autobiografía: memorias del papa Francisco*. Barcelona: Plaza & Janés, 2025.
- Francisco. “Discurso a los capitulares de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada”. Roma, 3 de octubre de 2022. *Vatican*, <https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2022/october/documents/20221003-oblati.html> (consultado el 5 de junio de 2025).
- Francisco. *Exhortación apostólica Evangelii gaudium. Sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual*. Roma: Libreria Editrice Vaticana, 2013.
- Francisco. “Mensaje con ocasión del evento ‘Economy of Francesco’”. Asís, 6-8 de octubre de 2023. *Vatican*, <https://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/pont-messages/2023/documents/20231006-messaggio-economy-of-francesco.html> (consultado el 5 de junio de 2025).
- Galli, Carlos María. “Inteligencia de la fe, profecía de la esperanza, sabiduría del amor. Un diálogo sobre tres discursos teológicos para intentar mirar lejos. En: *Libertad y esperanza. A Gustavo Gutiérrez por sus 80 años*, coordinado por Consuelo de Prado y Pedro Hughes, 143-177. Lima: CEP-IBC, 2008.
- Giménez Melià, Josep. “Hablar de lo último desde los últimos. Algunas consideraciones en torno al tratado de escatología”. *Revista latinoamericana de teología* 103 (2018): 17-32.
- Grelot, Pierre. *L'espérance juive à l'heure de Jésus*. Paris: Desclée, 1978.
- Han, Byung-Chul. *El espíritu de la esperanza*. Traducido por Paula Kuffer. Barcelona: Herder, 2024.
- Madera, Ignacio. “Performatividad y autoimplicación: hacia un lenguaje teológico significativo”. *Revista de cultura teológica* 87 (2016): 13-42.
- Moltmann, Jürgen. *Cristo para nosotros hoy*. Madrid: Trotta, 1997.
- Moltmann, Jürgen. *Teología de la esperanza* (7.ª ed.). Salamanca: Sígueme, 2006.
- Parra, Alberto. *Textos, contextos y pretextos. Teología fundamental*. Bogotá: PUJ, 2003.
- Pereda, Carlos. *Sobre la confianza*. Barcelona: Herder, 2009.
- Ramis Darder, Francesc. *La comunidad del amén. Identidad y misión del resto de Israel*. Salamanca: Sígueme, 2012.
- Richard, Pablo. *Apocalipsis. Reconstrucción de la esperanza* (2.ª ed.). Quito: Tierra Nueva-Edicay-Verbo Divino, 1997.

Secretaría General del Sínodo. “Ensancha el espacio de tu tienda”. Documento de trabajo para la etapa continental. Octubre de 2022. chrome-extension://efaid-nbmnnibpcajpcglclefindmkaj/https://www.synod.va/content/dam/synod/common/phases/continental-stage/dcs/Documento-Tappa-Continentale-ES.pdf

Trigo, Pedro. *Echar la suerte con los pobres de la Tierra. Propuesta para un tratamiento sistemático y situado*. Caracas: Centro Gumilla, 2015.

Von Rad, Gerhard. *La acción de Dios en Israel: Ensayos sobre el Antiguo Testamento*. Madrid: Trotta, 1996.